

*Todas las desgracias del mundo provienen del olvido  
y el desprecio que hasta hoy se ha hecho de los derechos  
naturales e imprescriptibles del ser mujer.*

FLORA TRISTÁN. *Unión Obrera*, 1843

En Francia, el siglo XIX fue un periodo de grandes turbulencias y de inestabilidad política. En 1799 el golpe de Estado del 18 Brumario por parte de Napoleón Bonaparte acaba con la revolución de 1789 y a lo largo del siglo se producen profundos cambios con un fondo de crisis y rupturas que originan cada vez nuevos regímenes políticos: dos imperios (1803-1814; 1852-1870), tres monarquías (1815-1824; 1825-1830; 1830-1848), dos repúblicas (1848-1852, 1870) y tres revoluciones (1830, 1848, 1871). Simultáneamente los descubrimientos científicos y técnicos transforman también la sociedad francesa. Al debilitarse la influencia de la nobleza y el clero, la burguesía liberal y reformadora se afirma como la clase social dominante, estimulando el auge industrial y asociando el poder al dinero. Surge una nueva clase, la del proletariado, menos conservadora que la de los campesinos. La condición femenina sin embargo, sufre un retroceso en relación con el siglo anterior. A pesar de que muchas mujeres participaron en la revolución de 1789, en la de 1848 y luego en la defensa de París y en la Comuna en 1870-71, su lucha no les reportó grandes beneficios. Los hombre que detentaron el poder a lo largo del siglo,

ya fueran revolucionarios o conservadores, estaban de acuerdo en un punto: el lugar de la mujer es la casa, no la ciudad y aún menos la tribuna de una asamblea; y, si al terminar el siglo, las mujeres obtienen finalmente algunas victorias (acceso a la enseñanza secundaria y la universidad, divorcio, posibilidad de nuevas profesiones) tendrán, sin embargo, que esperar hasta 1944 para iniciar con el sufragio universal el duro camino hacia la igualdad.

Todos estos cambios políticos y sociales se acompañan de una efervescencia de ideas y de movimientos literarios (novela, poesía) y artísticos (pintura, escultura, música) que evolucionan íntimamente asociados.

En 1830, Victor Hugo presenta su obra de teatro *Hernani* que representa el espíritu del romanticismo, movimiento tanto artístico como político que define a la mayoría de las obras y los autores de la época, tales como Balzac, Stendhal, Hugo o Lamartine, en literatura, Delacroix y Géricault, en pintura, Berlioz, en música. El romanticismo rompe con las formas rígidas del clasicismo, da rienda suelta a la expresión individual y a los sentimientos, y quiere dar voz al pueblo que hasta entonces había carecido de ella. Posteriormente, la generosidad y el ideal dan paso a un cierto realismo en el estilo y los asuntos tratados. El realismo, que tiene su origen en la pintura, especialmente en Courbet, desea en literatura describir la realidad sin idealizarla, lo que comporta la adquisición de nuevos temas que ponen de manifiesto los cambios que se han producido en la sociedad, tales como el ascenso y la caída social (Stendhal en *El rojo y el negro*) o el poder del dinero (Balzac, *El padre Goriot*). La descripción detallada, tanto en los retratos de los personajes como en la descripción de los lugares y los interiores, procura un efecto de veracidad. Balzac, que en 1845 decidió reunir toda su obra (noventa y un volúmenes entre novelas y cuentos) bajo el título de *La comedia*

humana, que él mismo define como «la pintura de toda la sociedad», es considerado el precursor de este movimiento y Flaubert uno de los principales representantes con la publicación de *Madame Bovary* y *La educación sentimental*. Este realismo se afirma aún más en los escritos de Maupassant, de los hermanos Goncourt y más tarde de Émile Zola, jefe de filas del naturalismo, visión literaria que quiere representar la realidad partiendo de la observación y de la investigación científica. Zola, inspirándose en *La comedia humana*, reúne veinte de sus novelas bajo el título de *Los Rougeons Macquart, Historia natural y social de una familia bajo el segundo imperio* y pretende también describir la transformación de la sociedad de manera exhaustiva, sin olvidar ninguno de los adelantos de la época: urbanismo parisino, grandes almacenes, desarrollo del ferrocarril, aparición del sindicalismo moderno, etc.

Tanto en el realismo como en el naturalismo, los temas y los problemas son inseparables de la sociedad que los produce y que en principio debería estar preparada para recibirlos. Sin embargo, eso no se lleva a cabo sin fricción. El artista realista, que describe sin concesión la vida moderna, ofende a parte de esa sociedad y la estética realista es objeto de polémica a lo largo del siglo. La publicación de *Madame Bovary* en 1856 escandalizó a la burguesía francesa, pero el proceso judicial al que fue sometido el libro contribuyó a su éxito. Hoy *Madame Bovary* es considerada la primera novela moderna.

Al mismo tiempo prolifera la novela corta y el cuento, de los que Guy de Maupassant es el mayor exponente y que en mayor o menor medida también han frecuentado los demás escritores. Los cuentos tratan los mismos temas y utilizan las formas de escritura de la novela, suelen publicarse primero en revistas o periódicos donde también se imprimen por entregas la mayoría de las novelas. Entre los distintos asuntos, hay que destacar, tanto en

las novelas como en los cuentos del siglo XIX, el vivo interés por la mujer y por sus circunstancias.

Escritores como Stendhal, Balzac, Zola, Flaubert, Hugo, Maupassant, Barbey d'Aurevilly, Théophile Gautier, Lamartine, Mérimée, Musset, Vigny, Villiers de l'Isle-Adam o Baudelaire nos transmiten una imagen de la mujer a través de personajes procedentes de todas las clases sociales, espejos de una sociedad en plena mutación que reflejan el lugar y el papel que representaban en ella las mujeres.

En esta pequeña selección de relatos vemos desfilar algunos de los tipos o estereotipos conocidos: burguesas, grandes damas, mujeres virtuosas, pero también mujeres adúlteras, campesinas, obreras, mujeres artistas, cortesanías, prostitutas. En todos los casos son estampas de mujer vistas por hombres, pero hombres que son al mismo tiempo grandes escritores de la literatura francesa: Honoré de Balzac (1799-1850), Auguste Villiers de l'Isle-Adam (1838-1889), Guy de Maupassant (1850-1903), Théophile Gautier (1811-1872) y Émile Zola (1840-1902), lo que convierte los estereotipos en personajes femeninos diversos y singulares. A través de estos relatos, que en sí mismos tienen un incuestionable valor literario, podemos vislumbrar un tema vasto y complejo como es el de la situación de la mujer y de las diversas formas que adopta en el pensamiento y la cultura francesa del siglo XIX.

